

Marcial, divinizador casi irónico de los Césares

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN

A medida que variaba la temperatura emotiva de Marcial en el libro *De spectaculis*, su primer cuaderno de epigramas, el epigramista iba adjudicando al emperador Tito diversos niveles sobrehumanos, y pronto hasta divinos.

Pero casi siempre aparece en la producción epigramática de Marcial su peculiar humorismo. Este humorismo fue el que acabó por salvarlo de la abyección en los muchos epigramas en que, partiendo del halago zalamero, se remontó hasta la divinización del emperador en turno, ya fuera Tito en el libro citado (que no lleva número), ya Domiciano en los libros I al IX.

Los extremos se tocan: quizá los propios emperadores vislumbraban matices humorísticos en las adulaciones de Marcial, y por eso no le daban las recompensas que él esperaba. Y, curiosamente, cuando Marcial se decepciona y regresa a niveles humanos para elogiar a los sucesores Nerva y Trajano (libros X y XI), sus versos resultan má austeros y menos chispeantes, diríamos que menos marcialescos.

A. *Elogio de Vespasiano y divinización de Tito*

En una primera etapa del libro *De spectaculis*, Marcial declara a Vespasiano y Tito superiores a Nerón. Ello sucede en los epigramas 2, 3 y 4 que celebran los espectáculos inaugurales del Anfiteatro Flavio, o sea, del Coliseo.

El epigrama 2, que yo denomino *Roma devuelta a Roma*, subraya que, entre otros aciertos, Vespasiano y Tito construyeron el anfiteatro para el pueblo romano en el mismo lugar en que Nerón tuviera su lago privado. Y concluye señalando que, bajo Tito, “son delicias del

pueblo las que, antes, de su amo fueran" (*sunt te praeside, Caesar, / deliciae populi quae fuerant domini*). El epigrama 3 describe un coro de las naciones que tienen representantes en la Urbe; todas esas naciones proclaman a Tito verdadero padre de la patria (*cum verus patriae diceris esse pater*). El 4, por último, elogia el acierto del César al desterrar a los delatores que antes causaban el destierro a sus víctimas.

Esta primera etapa la vemos complementada en los epigramas 20, 28 y 29 del mismo *De spectaculis*, donde Marcial da a Tito la superioridad sobre Nerón por diversas minucias tales como la reanudación o la suspensión de algunas luchas circenses. Aquí ha descubierto ya Marcial que, si uno se empeña y tiene la suficiente desfachatez, le resulta fácil justificar casi cualquier tesis.

En una segunda etapa adulatoria, Marcial declara a Tito un digno recreador de los episodios mitológicos.

Una vez será Pasifae que se une a un toro en el propio anfiteatro (epigr. 5); otra vez, un actor que representa a Dédalo no logra evitar ser muerto en el Laberinto (epigr. 8); o bien una cerda dará a luz a través de la lanzada que dio muerte a su madre (epigrs. 12 y 14); ¿será fácil tomar en serio la comparación de esta cerdita con el dios Baco porque ambos nacieron de una madre muerta? O bien Diana es al mismo tiempo Cazadora y Lucina (epigr. 13); o bien se verá a rocas y selvas seguir a Orfeo, mientras sólo es inmune al hechizo musical la osa que mata al actor vestido de Orfeo, sin duda —suponemos— porque la osa era sorda (epigr. 21). Pero, de inmediato, Marcial exhibe a su vez la magia de su propia lira, declarando que esa osa ha sido enviada desde el más allá por la amada Euridice (epigr. 21 b).

Marcial avanza después hasta un tercer nivel: allí sostiene que Tito Flavio ha logrado superar a los mitos. En el epigrama 7, Tito logra superar los tormentos injustos que sufrió Prometeo, haciendo torturar con plena justicia al criminal Laureolo. Luego, en el 15, señala que el atleta Carpóforo, al vencer a tres fieras, ha superado al legendario Meleagro, que sólo venció a un jabalí. Cuando Carpóforo derrota luego a veinte fieras —sin duda inspirado por su emperador— ya ha superado al propio Hércules.

Así logra Tito —según Marcial— superar a héroes y a semidioses míticos.

Pero el epigramista asciende entonces un peldaño más: varias veces se interna en los vericuetos de la adulación, declarando a Tito todo un dios. En la Roma del siglo I, el culto al emperador es una forma de religión. Por lo demás, ello no debe extrañarnos: hay países modernos en que no se concibe el poder sin el culto al gobernante. Y las consecuencias están a la vista de todos.

Marcial adula a Tito con mayor o menor discreción, según los casos. Así, en el epigrama 17, un feroz elefante que ha herido a un toro, acaba prosternándose ante el César sin que se lo ordene su domador: “Crémelo: al dios nuestro él también reconoce” (*Crede mihi, nostrum sentit et ille deum*). Otras veces la divinización es sólo tácita. Así, en el 10, Tito ordena dar caza en el circo a un león que hería la mano de su amo; así impone un natural más blando a las fieras. En el 24, el epigramista atribuye algo de don sacro (*sacri muneris*) al emperador que da tan espléndidos juegos. En el 25, la ola que perdonó a Leandro “fue una ola del emperador”. Por fin, en el epigrama 26, Marcial dice sin comprometerse que la diosa menor Tetis “o enseñó o aprendió estos juegos escénicos” de Tito (*aut docuit lusus hos Thetis aut didicit*).

Parecería incluso que Marcial quiere ascender un quinto peldaño y situar a Tito por sobre varios dioses; pero tal actitud es improbable en el humorista Marcial. Si en el epigrama 6 declara que no sólo Marte sirve al César, sino también Venus, sólo hace una metonimia para hablar de mujeres luchadoras en el Anfiteatro Flavio; habla también de ellas como de “un femenino Marte” (*femineo Marte*). Y en el epigrama 16 b, el toro que eleva a Alcides *ad aethera*, es un toro del César que ha superado al jupiterino raptor de la joven Europa. ¿Por qué? Porque ha elevado más alto su carga.

Más que comparaciones, aquí sólo vemos bromas e hipérboles de Marcial, y no de las más ingeniosas.

Marcial no publicaba sus epigramas necesariamente en el orden en que los componía.¹ Es un caso similar al de los *Cármenes* de Catulo, que están numerados en orden métrico, no cronológico. A ello se debe que el libro *De spectaculis*, estructurando con elogios de Tito, se cierre con una censura póstuma al sucesor Domiciano, muerto 15 años después, el año 96.

¹ Así lo sostiene H.J. Izaac, en *Martial, Epigrammes*, t. I, introd., p. XXVII.

Además, los libros *Xenia* y *Apophoreta*, conocidos como XIII y XIV, vuelven a elogiar a Domiciano (XIII, 4 y XIV, 179); siendo que ya el libro X encerraba elogios de Trajano, saltando por sobre Nerva, sucesor inmediato de Domiciano. Este austero Nerva es, sorprendentemente, elogiado luego en los primeros epigramas del libro XI.

Reorganizando todo este desorden de fechas, Friedlaender² ha señalado que los tres primeros libros que escribió Marcial son los que abundan en dísticos y demás estrofas breves: *De spectaculis* (año 80 d.C.); *Xenia* y *Apophoreta* (diciembre de 84 u 85). Los tres se concentran en la época de los Flavios.

B. *La improductiva divinización de Domiciano*

Una vez estudiado el modo como Marcial adula a Tito, analizaremos ahora cómo a todo lo largo de los libros de epigramas sucesivos (del I al XI, pues en el duodécimo ya se aleja el poeta de alusiones imperiales, y ya sabemos que el XIII y el XIV fueron escritos antes), va divinizando o desacralizando nuestro poeta a Domiciano y a sus sucesores.

Allí veremos que la apoteosis imperial continúa oscilando, pero ahora dentro de grados un tanto diversos de los cinco citados.

El primer grado sería: Domiciano merece ser un dios.

El segundo sostiene: el emperador es similar, en mayor o menor grado, a Hércules, semidiós divinizado al morir.

El tercero señala: Domiciano es plenamente un dios.

El cuarto se aventura a elevar a Domiciano al nivel mismo de Júpiter, el dios supremo.

El quinto nivel, por último, sitúa a los emperadores sucesivos en un plano más serio: Nerva y Trajano están por encima y al margen de las precedentes divinizaciones.

Primer nivel: Domiciano merece ser un dios

La oscilante divinización que Marcial va haciendo de Domiciano se encuentra en su nivel más modesto, primero en los epigramas I, 6,

² L. Friedlaender, *Histoire des moeurs romaines d'Auguste aux Antonins*, 1862 y ss. años. Trad. fr. del clásico *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*.

14 y 22. Y luego en el VIII, 4, donde habla de los sacrificios que ofrece el mundo por su guía (*pro duce*). Y luego añade que estos gozos no son sólo de los hombres, sino que los propios dioses ofrecen sacrificios (*sacra faciunt*) por el emperador.

Similares expresiones leemos en VIII, 11: “Mientras te veneran (*venerantur*) prolongados regocijos en el sacro Circo...” Este epigrama concluye con la parca adulación del conocido dístico:

Roma no amó a ningún jefe así antes, ni a ti;
y aún a ti ya no puede más amar, aunque quiera.

Las discretas alusiones a la divinidad vuelven en el epigrama VIII, 21:

Ven, César, ya, aun de noche: aunque astros se pararan,
no faltará a tu pueblo, con tu llegada, el día.

En ocasiones, Marcial alude sólo vagamente a la familiaridad de Domiciano con los dioses. Así, en V, 1, el poeta presenta al emperador, no como un dios, sino sólo como inspirador de los oráculos de la diosa Fortuna en Ancio (v.3), y como protector y reconstructor del templo de Júpiter Capitolino, el cual “le agradece sus servicios conservándolo con vida” (v.8).

Una de las más líricas formas que adquiere la adulación en Marcial, atenúa su humillación con la habilidad para el elogio, desplegada en VIII, 24. Allí, el poeta celtíbero perfecciona el tópico de que los súbditos *hacen al rey*.

Esta es mi versión literal del brillante epigrama:

César: si algo te pido en mi librillo,
dalo, si no es mi página perversa.
Y, aun sin darlo, permite que te ruegue:
nunca ruegos e incienso a Jove afrentan.
Quien con oro y con mármol forma estatuas,
no hace *dioses*; *los hace quien les ruega*.

Este es el dístico final:

*Qui fingit sacros auro vel marmore vultus,
non facit ille deos: qui rogat, ille facit.*

Segundo nivel: Domiciano es similar a Hércules.

La figura de Hércules es una obsesión de Marcial para elogiar a Domiciano, quien sin duda habrá gustado de compararse con ese héroe que llegó a ser dios.

En el epigrama V, 65, va el bilbilitano enumerando los trabajos que valieron a Hércules la divinización (el león de Nemea, el jabalí de Erimanto, Anteo, la Hidra, Caco, etcétera). A continuación, nuestro poeta comenta que, en el Circo, el emperador ha mostrado fieras aún más descomunales que ese león y ese jabalí; y que los cocodrilos del Nilo son más terribles que la hidra (lo eran, sin duda para nosotros, pues ellos sí eran reales).

Por tales razones, el poeta declara que los dioses se apresuraron para divinizar a Alcides (Hércules); y que, en cambio, ya se han retrasado para divinizar a Domiciano:

Pues por tan grandes méritos muy pronto el cielo los dioses
dieron a Alcides, pero a ti, aun tarde, han de darlo.

Otros cuatro epigramas del libro IX están dedicados a Domiciano con ocasión de que éste mandó erigir un templo a Hércules, y una estatua de ese dios con las facciones de Domiciano mismo. Marcial pierde la sensatez en el IX, 64: Ya el Alcides Menor vence al Hércules Mayor; mientras la gente pide al Hércules antiguo buena suerte en asuntos triviales, a Domiciano le piden honores y grandes riquezas. La adulación del poeta es paradójicamente exacta, pues el Hércules mitológico era sólo un símbolo, mientras que el hercúleo emperador sí hacía prestigios y fortunas.

El desbordamiento continúa en el epigrama IX, 65: como ya Hércules ostenta el rostro de Domiciano, ahora Júpiter lo reconoce como suyo. Inclusive, si Hércules hubiera tenido antes ese rostro, ni habría

estado sometido al rey Euristeo, ni Licas lo habría inducido a caer en la trampa del manto preparado por el centauro Neso, ni le habría sido necesario ascender a la pira.

Pero el emperador, ya oiga esta sonriente ocurrencia, ya el mesurado consejo de Marcial de que sepa mostrarse buen amigo en una época en que los amigos escasean (como dice el epigrama V, 19), reacciona siempre de la misma manera: *tacito rides naso* (ríes por la tácita nariz, que es tanto como decir “callas riendo socarronamente”).

Sólo como elemento de variedad, Marcial compara en su epigrama VIII, 26 a Domiciano con Baco. Y lo hace para señalar que en los espectáculos del Anfiteatro, Domiciano sobrepasa la magnificencia de los triunfos que ha visto la India,

pues al llevar cautivos Indios tras de sus carros,
Baco estaba contento con dos tigres gemelas.

En cambio Domiciano —se puede leer entre líneas— ha dispuesto de fieras por millares.

Tercer nivel: Domiciano es plenamente un dios

Mientras Marcial compara a Domiciano con Hércules, lo señala como un mortal que merece ser immortalizado, al igual que ese semi-dió. En cambio en muchos otros epigramas, el poeta afirma llanamente que el emperador es un dios.

Así sucede, digamos, en el epigrama VII, 5, en que el poeta enmascara gentilmente lo burdo de la divinización, cubriéndola bajo el colorido de la imagen lírica:

Si observas, César, lo que el pueblo quiere
y los patricios, y en lo que se gozan,
devuélvete a ellos, dios pues te requieren.
Roma envidia al hostil, pese a los lauros.
El bárbaro ve el rostro que lo asusta
del amo de las tierras, mas de él gusta.

Esa misma es la tónica del epigrama VIII, 2, en el cual Domiciano es “amo de tierras y dios de las cosas” (*terrarum domino deoque re-*

rum, v.6). Y también es la tónica del epigrama VIII, 82, donde Domiciano es “un dios al que gusta dedicarse a las Musas”.

En forma similar, en el epigrama V, 3, Marcial hace que un embajador de la ribera derecha del Danubio, venido a Roma al rendirse el rey Decébalos en el año 88, comente a sus coterráneos que él tiene la suerte de ver de cerca al dios que ellos sólo veneran de lejos (vv. 5-6).

Y, en el epigrama V, 5, nuestro poeta comenta al bibliotecario imperial acerca del “ingenio del dios” Domiciano, cuyo “celestial poema” sobre el asalto del Capitolio por los Vitelianos (en el año 69) debe estar nada menos que al lado de la obra grandiosa (*grande opus*) de Virgilio, el que calza coturno. Marcial mismo, por su parte, propone ser colocado al lado de Marso, de Pedón y de Catulo. ¡Astuto celtíbero! Él no respondía del valor artístico del texto de Domiciano; únicamente hacía la catalogación de su género literario... Y luego se quejaba de que el emperador no lo premiaba. Quizá incluso el gobernante temía las irónicas implicaciones de tales elogios.

Viene luego el par de epigramas que dedica Marcial al “Palacio Olimpo” de Domiciano.

La adulación del poeta toma en el epigrama VIII, 36, ciertas declamatorias actitudes que se adelantan al Víctor Hugo de *Las siete maravillas* que en otra parte hemos estudiado a propósito de *Los espectáculos*. Aquí, el palacio con bóveda constelada de estrellas que Rabirio diseñó para el emperador en el año 92, es un monumento tan excelso como las siete colinas romanas sobrepuestas, y más alto que el Pelión levantado sobre el Osa...

Tanto penetra en el éter, que oculta los fúlgidos astros,
suena su calmo vértice con la más baja nube,
y con el arcano numen de Febo antes se sacia
que Circe vea el rostro de su naciente padre.
Mas esta casa que con su vértice los astros golpea,
oh Augusto, es par del cielo, mas menor que su dueño.

A ese mismo palacio y a ese arquitecto alude también el epigrama VII, 56, que citaremos en el inciso dedicado a Júpiter.

Poco después, en el epigrama VIII, 39, Marcial vuelve a parecer irónico cuando se excede en el mismo tópico, señalando que antes no

existía un lugar que albergara a los convidados para gustar los inmortales manjares (*ambrosias dapes*), donde Domiciano bebiera la copa mezclada por la mano de Ganimedes (con lo cual el poeta lo está aproximando a Júpiter). Y concluye con este dístico conceptista:

Te ruego decidas ser del Tonante, invitado tardío.
Pero si tienes prisa, Júpiter, ven tú mismo.³

La búsqueda infatigable de elogios divinos para el emperador, lleva a Marcial a ciertas imágenes que mezclan lo noble a lo familiar. Así sucede en el epigrama IX, 20 donde, al lado de nobles elogios (como la divinización a la cual se alude al citar la Rodas de Helios y la Creta de Zeus), sabemos de “los nobles vagidos y las manos rampantes” de Domiciano:

Esta tierra que toda es cubierta de mármol
y de oro, a nuestro dueño, cuando infante, ha mirado.
¡Qué dichosa! Qué nobles vagidos ha acogido
y qué manos rampantes ha visto y sostenido.
Aquí la venerable casa se alzó que ha dado
al orbe lo que Rodas y Creta al cielo estrellado.
A Jove los curetes cubrieron al sonar
armas cual los castrados frigios podían portar.
Mas el padre de dioses te ha protegido, oh César,
y a ti no escudo y lanza dio, sino el rayo y la égida.

Es de notar que también habla de la égida de Minerva como atributo divino de Domiciano, este epigrama:

Recibe la coraza virgen de audaz Minerva
tú, a quien teme aun la ira de la crin de Medusa.
Si no la usas, el nombre de “coraza” conserva;
mas “égida” es si el pecho del sacro César la usa (VII, 1).

³ *Esse velis, oro, serus convia Tonantis. At tu si properas, Jupiter, ipse veni.* Se trata de la expresión *Ipse veni*, colocada en final de pentámetro, exactamente igual a como aparece en dos lugares de las *Heroidas*: en la de Penélope (I, 2) y en la de Hermíone (VIII, 24).

Y también trata de ella el dístico XIV, 179:

—Dime, virgen orgullosa: Si con casco y lanza vienes,
¿por qué la égida no portas? —Porque ya el César la tiene.

Comentemos ahora el epigrama IX, 93, referente —al igual que el XIV, 170— a la costumbre clásica de beber tantas copas cuantas letras contuviera el nombre del homenajeado. El IX, 93 se inicia, con horaciano esplendor, preguntando a un siervo por qué deja de servirle al inmortal Falerno, tan grato hoy a Marcial como ayer a Horacio.

Pero luego el texto se vuelve pedestre, pues el poeta se reduce a decir que beberá seis copas por el nombre de un dios llamado *Caesar*; y luego ceñirá diez guirnaldas por el nombre de quien (*Domitianus*) construyó un templo a su sacra stirpe. Y acaba pidiendo al esclavo diez besos —¡esas costumbres romanas!— por el nombre (*Germanicus*, o quizá mejor *Sarmaticus*) que nuestro dios trajo de la región odriasia, o sea, de Tracia.

Cuarto nivel: Domiciano está a la altura de Júpiter

Ya ha elogiado Marcial varias veces al emperador Domiciano declarándolo semejante a los inmortales, y comparándolo con Hércules —semidiós divinizado—, e inclusive proclamándolo todo un dios. Al cansarse el poeta de repetir esas alabanzas, pasa a nivelar al emperador con Júpiter, el padre de los dioses, o al menos a compararlo con él.

Es célebre a este respecto aquel epigrama que envuelve la adulación en cierta lírica ironía, elogiando a Domiciano entre hipótesis y tropos suntuosos, sin duda para agradecerle alguna invitación al palacio:

Si a un banquete en dos cielos me invitaran
Jove entre astros y César al palacio,
aunque los astros más cerca se hallaran
y el palacio más lejos, respondiera;
“Buscad a otro que a Júpiter prefiera;
en la tierra mi Jove me acapara”
(*Me meus in terris Juppiter ecce tenet*) (IX, 91).

Es también de altura aquel epigrama V,6 en que el celtíbero menciona a Domiciano como “nuestro Júpiter”, quien es tan afecto a la poesía, que con sólo tener al alcance el rollo de epigramas de Marcial, sin duda lo pedirá para leerlo.

En el mismo sentido leemos que el poeta de Bílbilis, en su epigrama VII, 99, cita a Domiciano con el simple epíteto *Tonante*, privativo de Júpiter, “que descarga los rayos”.

Menos enfático es el elogio en que el poeta solicita al emperador para su propia casita una toma de agua, la cual le resultará como “fuente Castalia o lluvia de Júpiter”, con probable alusión a la lluvia de oro que recibió Dánae. Así he sintetizado ese epigrama:

Tengo, oh César, mi rústica finquita
y una mínima casa en la ciudad.
Mas de mi finca los sedientos huertos
con ruda bomba tengo que regar,
y mi casita ignora hasta el rocío,
aunque una fuente a un paso oye sonar.
Si agua a mis Lares mandas, Domiciano,
como lluvia de Jove me vendrá (IX, 18).

Después, tiene cierta grandeza el himno al nuevo Hércules —el cual, como ya hemos visto, es Domiciano mismo— que desarrolla el bilbilitano en el epigrama IX, 101. El poeta va enumerando los trabajos de Hércules, y lo llama nuevamente —como en el IX, 64— “Alcides menor”. Luego, con lírica desenvoltura, nuestro epigramista va enumerando los trabajos de Domiciano, “el Alcides mayor”; el más sugestivo de ellos parece ser el del verso 18: “Lavó en géticas nieves su potro sudoroso/ tres veces”.

Y la osada síntesis final alude a que ya no basta a Domiciano tener una estatua en figura de Hércules; merece ser representado, ni más ni menos, como Júpiter:

Dio/a dioses templo, a pueblos costumbres, ocio al hierro,
gloria a los suyos, astros al cielo, a Jove mirtos.
A hechos tales el numen de Hércules no es bastante:
que su rostro este dios preste al Tarpeyo Padre.

Y, en el ya citado epigrama VII, 55, elogia Marcial el proyecto del arquitecto Rabirio, consistente en un palacio imperial para Domiciano, decorado con el cielo y los astros. Allí declara el satírico adulator que, si la ciudad de Pisa en la Élide desea darle un digno templo al Júpiter que les esculpió Fidias, deben pedir las manos de Rabirio “a nuestro Tonante”, o sea al Júpiter emperador.

El momento de mayor abajamiento (¿o de más chocarrera broma?) lo alcanza Marcial en el epigrama IX, 3, donde elogia desmesuradamente la manía constructora de Domiciano, similar a la que antes tuviera Augusto. Allí el celtíbero llega hasta a decir desenfadadamente que los dioses y el cielo están en deuda con el emperador. Los dioses quedarían en la quiebra si quisieran pagarle cuanto le deben: el templo capitolino, las espléndidas coronas de oro decretadas para los ganadores de los Juegos Capitolinos, los dos santuarios de Juno, y el templo de la *Gens Flavia*, mencionado por Marcial a cada paso.

Y este es el pintoresco (¿o grotesco, o sarcástico?) final:

Augusto: es necesario que esperes y te aguantes,
pues no tiene en su arca Jove con qué pagarte.
(*nam tibi quod solvat non habet arca Iovis*).

Para colmo, Marcial insiste en esa actitud entre untuosa y sardónica, en otros dos epigramas, uno de los cuales hace que Ganimedes siga “al otro Júpiter”:

Nuestro César, igual que tú, tiene mil servidores,
y en su palacio apenas caben hombres sidéreos (IX, 36).

En el otro de ellos, Júpiter se queja del monumento que le han erigido en Creta Apolo y Diana, y da a entender que es más suntuoso el que Domiciano erigió a su padre Vespasiano:

“—Ustedes me erigieron un monumento en Creta:
miren cuán preferible es ser padre del César” (IX, 34).
(*Cernite quam plus sit Caesaris esse patrem*)

Pero todas esas adulaciones, muchas de las cuales suenan irónicamente desmesuradas, nada valieron a Marcial. No obtuvo del emperador el agua que pedía para su finca (IX, 18), ni beneficio más importante que alguna invitación a banquetear en palacio (IX, 91), y cosas así de insignificantes.

Ni el propio Domiciano debe de haberse creído las exageraciones de Marcial, especialmente por saber que el poeta solía escribir epigramas sarcásticos. ¿Quién le aseguraba al emperador que ese burlón celtibero de pelo en pecho estaba hablando en serio al adularlo? ¿Y que alguien lo creyera así al leer tan desmesuradas alabanzas?

En su pecado, Marcial llevó la penitencia.

Quinto nivel: los emperadores no son "inmortales"

Ya ocasionalmente había venido mencionando Marcial que "los mismos dioses pueden morir". Dos epigramas dedica al tema, ambos inspirados por el Mausoleo de Augusto. El primero declara, desde un pequeño cenador denominado *Mica* (La migaja), que tiene a la vista el célebre monumento:

... Rompe lechos, pide vinos, ciñe rosas, bññate en nardo:
el mismo dios te ordena que recuerdes la muerte (II, 59).

El otro epigrama reitera la misma invitación al disfrute, y concluye con este dístico:

El tan cercano Mausoleo vivir nos ordena,
pues nos muestra que pueden morir los mismos dioses.
(*cum doceant ipsos posse perire deos*) (V, 64).

¡Arriar velas!

Cae asesinado en el año 96 Domiciano, príncipe a quien Marcial había dedicado en el 94 su abyecto libro IX. Los estudiosos se han sorprendido, más aún que por haberlo adulado Marcial en vida, por no haberlo zaherido más tras la muerte.⁴

⁴ Ver H.J. Izaac, *Martial, Epigrammes*, intr., p. XIII.

Probablemente se refiera a Domiciano el epigrama final del libro XIV, dado a conocer en la forma fragmentaria que conocemos, hacia el año 85. Se antoja suponer que Marcial haya añadido este dístico tras la muerte del último de los Flavios.

El epigrama es enérgico, pero aún así, discreto:

Oh stirpe Flavia, ¡cuánto tu tercer heredero te ha quitado!
Casi resulta tanto como a los otros dos no haber contado.

Otras alusiones de Marcial al reciente imperio de Domiciano son igualmente desapasionadas. Así es, por ejemplo, el epigrama XII, 3, donde Marcial elogia a su propio Mecenas de la última época, el patricio Terencio Prisco, cuyas costumbres son tales “como las podría tener un Catón humorista (*hilaris*)”. Allí, el poeta sólo alude a Domiciano con el epíteto de “príncipe duro”;

Ahora es lícito y correcto. Mas tú, bajo un príncipe duro
y en las épocas malas, te atreviste a ser bueno.

Y un tanto nebulosa es la referencia a un emperador pasado, que leemos en el epigrama XII, 15, donde Marcial habla de “cuanto brillaba en el palacio del Palatino, dado ahora a nuestros ojos y a nuestros dioses”. Líneas más abajo, el celtíbero menciona a un “rey soberbio” y concluye declarando que

Todos con Jove somos hoy dichosos;
pero antes —me apena confesarlo—
junto con Jove fuimos pobres todos.

Ese texto puede referirse a Nerva, a Trajano o a Domiciano. Por no especificar nombres ni datos clave, ese epigrama no resulta orientador; los editores suelen pasar por él como sobre ascuas.

El virtuoso Nerva

Marcial tendrá ya una norma invariable, una vez caído Domiciano. Al igual que hará con Trajano, el de Bilibilis elogia con sereni-

dad a Nerva, padre adoptivo del gran guerrero que le sucederá y no reinará tres años como Nerva, sino 18: del 98 al 177 d.C.

En el epigrama XI, 4, el poeta pide llanamente a los dioses:

Guardad todos a este príncipe y conservad al senado;
imite éste los hábitos del jefe; aquél, los propios.

Es ya un Marcial austeramente realista quien pide que el senado tome por modelo a su príncipe, y que éste sólo se imite a sí mismo (*moribus hic vivat principis, ille suis*).

En el epigrama siguiente, Marcial despliega en honor del mismo Nerva —¿o quizá de Nerva Trajano?—⁵ la plenitud de su ingenio, con una serie de comparaciones ligeramente hiperbólicas, a fin de equiparar al emperador con los grandes héroes de la historia y la leyenda. (Obsérvese que ese procedimiento será grato al mundo barroco; lo hemos analizado incluso en la obra de Sor Juana). Comparación con los grandes héroes, sí; pero ya Marcial ha dado totalmente la espalda a la divinización:

Tanto amas, César, lo justo y lo recto,
cuanto amó Numa, mas él pobre ha sido.
Arduo es desviar la conducta del oro
y ser un Numa, aunque a Cresos has vencido.
Si regresaran los héroes vetustos
abandonando los bosques elisios,
verás servirte a Camilo invencible;
si tú lo ofreces, querrá oro Fabricio;
te servirá Bruto, y Sila el sangriento
te entregará el mando al ir a abdicarlo.
Te honrarán César y el magno Pompeyo,
y su fortuna te va a entregar Craso.
Y si del Orco volviera al adusto
Catón, se haría ante ti, cesariano (IX, 5).

⁵ Lorenzo Riber en *Marcial, un celtíbero en Roma*, p. 257, sostiene que este epigrama XI, 5 lo dedicó Marcial a Trajano, viendo adecuado "que un emperador español sea loado por un poeta español".

Pero sin duda la cortedad de carácter de Nerva lo llevó a abstenerse de beneficiar al celtibero que había colocado en dos ocasiones el talento literario del mismo Nerva sobre el de Nerón.

El epigrama más austeramente elogioso —superior al IX, 26— es sin duda el VIII, 70, que he traducido así:

Tan grande es la elocuencia de nuestro Nerva plácido,
cual su paz, mas su ingenio el pudor le refrena.
Aunque puede con boca amplia secar la sacra
fuente Parmesia, escoge tener la sed austera.
Le ha bastado ceñirse con ligera corona
la frente de poeta, no a su fama dar velas.
Pero quien de Nerón los poemas conozca,
sabe que es el Tibulo de nuestro tiempo, Nerva.

Por último, el epigrama XI, 7, confirma el mismo tono austero. Aquí, censurando a una matrona libertina que en épocas anteriores a Nerva pretextaba invitaciones del emperador para escapar con el amante, Marcial le escribe:

Bien te está ser Penélope bajo el príncipe Nerva (XI, 7, 5).

Trajano, soldado infatigable

El libro X, dado a conocer en 95, y reelaborado en 98, está limpio de sordideces adulatorias, al igual que el XI, donde todavía tres epigramas recuerdan a Nerva. Marcial ha comprendido que el excesivo elogio es un manjar demasiado empalagoso, y ahora dedica a Trajano elogios más sensatos.

En el epigrama X, 6, el poeta alaba a quienes tuvieron la suerte de contemplar a Trajano, “nuestro deslumbrante jefe” (*coruscum ducem*). Y en el epigrama X, 7, le dice llanamente al río Rin que el Tíber ya le demanda la presencia de Trajano para sus pueblos y su capital.

Y es similar el tono del epigrama X, 34:

Dente los dioses, César Trajano, cuanto mereces,
y por siempre confirmen cuanto otorgarte quieran.

Curiosamente, el elogio que Marcial hace a Trajano más tarde, en

el epigrama X, 72, quizá sea el más eficaz, pues destila esa sinceridad que estaba ausente de los epigramas dedicados al tercer Flavio.

Marcial personifica allí a las Adulaciones (*Blanditiae*) y les declara que, ya reinando Trajano, él no va a llamarlo “dueño y dios”. Conmina a esas Adulaciones a que se refugien entre los fastuosos Partos; Trajano no es un amo, sino un genuino *imperator* (jefe militar), un senador tan justo, que ha traído la lejana Estigia a “la Verdad de cabellos secos rústica” (*siccis rustica Veritas capillis*).

En el dístico conclusivo, Marcial da a entender que el emperador se encuentra por encima de las divinizaciones que se han acostumbrado bajo príncipes anteriores a él y a Nerva:

Roma: si piensas bien, bajo este príncipe
no hables con las palabras de otros tiempos, (X, 72, 12 y s).

Concluye nuestra expedición

Así se ha cerrado el ciclo de las adulaciones imperiales de Marcial. El poeta que comenzó en su volumen *De los espectáculos*, alabando la capacidad de Vespasiano y de Tito para superar a Nerón, señaló luego que el príncipe también podía igualar incluso a los mitos. Luego, el autor enfrentó a Tito con los dioses, y hasta sugirió retóricamente que podría superarlos.

En los libros sucesivos, Marcial sigue elogiando a Domiciano en una progresión que sube desde la exaltación inicial del emperador como digno de la apoteosis divina, hasta su parangón con Hércules, y después incluso hasta su confrontación con Júpiter. Cuando comprueba que, en todos estos ditirambos, el emperador ha entrevisto un matiz humorístico, cesa radicalmente en sus adulaciones. De ahí en adelante se concentra en elogios a Nerva como a un hábil gobernante, y a Trajano como a un poderoso guerrero.

Así ha apagado el epigramista celtibero el fuego, inicialmente lírico, de sus entusiasmos frente al trono. Porque, mientras más lo avivaba, más matices irónicos dejaba entrever.

De este modo se tocan entre sí los extremos: el elogio excesivo llega a ser considerado similar a la sátira por los emperadores adulados. Toda la campaña divinizadora de Marcial, acaba sonando a broma literaria.

